

109, Ahora que ya nos preguntan. La maternidad

Cristianisme i Justícia, 25 mayo 2021

Hemos celebrado hace poco el día de la madre, un día lleno de tópicos optimistas y ciertamente románticos de la maternidad. Ciertamente que a todas nosotras nos gusta que nos feliciten ese día, ¿quién no se emociona con una manita o pie impresa en arcilla o una carta llena de corazones hecha por sus hijos alabando lo mucho que les ayudamos en su crecer y desarrollarse?

Uno de los condicionantes más importante en la vida de las mujeres es la familia. Sea por maternidad o por atención de mayores, hermanos u otros familiares, las mujeres dedican mucha parte de su vida al *cuidado*. La maternidad ocupa un gran espacio de la experiencia doméstica del cuidado no solo de las mujeres, también de los hombres, pues todos hemos sido hijas e hijos alguna vez, y porque a muchas de nosotras, en algún momento nos tocará ser madres, en el concepto amplio al que se refiere siempre el cuidado, no en el del vínculo de sangre. *La maternidad sublimada, de la mujer como sostén, alimento y protección de los hijos, mirada desde el Evangelio, plantea muchos interrogantes*. Es punto de partida de la experiencia de gratuidad, por eso la devoción a María tiene un sentido anterior y profundamente crístico en el seguimiento a Jesús. María no es solo la madre silenciosa, sino la jovencita coraje que opta por una situación de embarazo complicado vivida desde la experiencia liberadora de Dios. En este sentido, la maternidad para Jesús, y para su Iglesia, es un acto de liberación de otros, de empoderamiento y de crecimiento en el que se acompaña no a costa de la vida propia, sino en solidaridad compartida. Pero la maternidad también es piedra angular de sociedades desiguales, y el propio Jesús advierte de que la maternidad y paternidad entendida como obligación social discriminatoria invalida el seguimiento verdadero del plan de Salvación de Dios, Mc 3, 31-35. El criterio del hermanamiento es mayor que las relaciones de familia, y la gratuidad y entrega a los otros en libertad y reciprocidad supera al linaje de sangre expresado en tributos de hijos a padres y de madres a esposos e hijos.

La maternidad modifica radicalmente la vida de las mujeres y condiciona la visión de éstas de la realidad. Definidas desde el nacimiento como *gestantes*, ahora que la palabra está tan de moda, las mujeres han sido tipificadas según su sexo y género: familia, procreación, cuidado, hijos, hogar, ancianos, enfermedad ... Mientras que un varón puede desentenderse de un hijo, nonato o nacido, las mujeres nunca podemos desentendernos, nazca esa criatura o no, pues ha quedado desde el principio anclada a nuestro cuerpo. Esta condición

biológica ha justificado la asunción de una larga lista de roles sociales de cuidado por parte de las mujeres. Para las mujeres la donación ha sido muchas veces impuesta y obligada. Y ha justificado la desvinculación de los varones de la gratuidad del darse, estableciendo una perfecta separación de valores y normas diferentes de relación familiar y social para ambos sexos.

Después de una demografía creciente en el siglo XX, con familias numerosas de cuatro, seis, ocho o más hijos, el famoso *babyboom* de los 60-70, estamos asistiendo a un decrecimiento vertiginoso de la natalidad en España muy preocupante, pero en general en los países enriquecidos. ¿Hay una causa económica? Sí, la hay. Las parejas no pueden tener hijos porque es un desembolso económico que no pueden soportar y porque *el modelo familiar nuclear impide la solidaridad familiar que antes permitía cuidar a primos, vecinos y otros conocidos de la vida del barrio*. Pero hay una causa económica todavía más profunda, la de un sistema económico que se sostenía gracias al trabajo totalmente gratuito de cuidado doméstico de las mujeres, y que ahora hace aguas porque muchas mujeres *se han liberado de la maternidad esclavizante*. En las historias de vida de muchas mujeres es frecuente escuchar cómo las madres las alentaron a la independencia económica como camino de libertad frente a la violencia institucional y familiar. Frente a la no remuneración, al silencio y al no reconocimiento, muchas mujeres prefieren hoy la vida en libertad. Es una libertad que renuncia a la maternidad entendida como obligación, pero con ello renuncian también a la belleza del encuentro con otros seres humanos. Esta es la contradicción. Por un lado, el sistema, que necesita de los trabajos de cuidado, no permanece callado y demoniza a las mujeres que no quieren tener hijos y sublima una maternidad entregada como la mejor y única experiencia que puede autorrealizar a una mujer. *Para el sistema económico capitalista la maternidad es un colchón social, un espacio de abnegación hacia el otro y de negación hacia una misma*. Por otro lado, existe una mala prensa sobre la maternidad, en parte por la condición de gratuidad del dar en el cuidado, poco de moda en nuestro tiempo posmoderno, donde el autocuidado y el autocentramiento ocupa gran parte de nuestras actividades, pensamientos y emociones. Ser madre quita tiempo. Ser padre, si verdaderamente me implico en la vida de los hijos e hijas, también. En parte por una generación de hombres y mujeres que vieron cómo sus madres sufrían una sumisión metódica que les impedía ser ellas mismas, expresarse y desarrollarse como personas y unos padres ausentes que solo aparecían en la escena familiar para dar órdenes. Esta generación no quiere reproducir estas situaciones una vez más. A estas madres abnegadas nadie las preguntó si querían ser madres. Una donación obligada es esclavizante.

Ahora que ya nos preguntan, debemos combatir en nuestro interior con estas dos visiones distorsionadas y alienantes de la maternidad, la que demoniza y la que la sublima. Ambas posturas eclipsan la parte más hermosa de la maternidad que es la relación con el otro, un camino de encuentro que se construye día a día en las interacciones con los hijos e hijas, a los que, por mucho

que los hayamos llevado en nuestro útero, son un misterio desconocido con el que interrelacionarnos para poderles llegar a conocer de verdad. Una experiencia de alteridad muy lejana al extraño y ciertamente mágico instinto materno que el sistema patriarcal defiende como parte ontológica de las mujeres. *Una maternidad mirada desde la igualdad hermanada del Evangelio no obliga a elegir entre una misma y los hijos e hijas.* Porque la gratuidad no es una negación, es un compartir, consciente, donde intervienen todos los actores, incluida la madre, con sus necesidades y sus luchas individuales. Obligar a las mujeres a elegir entre el hedonismo solitario o el servilismo absoluto va en contra de la máxima de hermanamiento de Jesucristo. Ni vivir sola es lo mejor del mundo, ni tener hijos es una catástrofe para la autorrealización personal. En la propia soledad total falta el compartir con otros las alegrías y las penas descentrándonos de nosotros mismos y en la maternidad *esclavizante* falta el repartir responsabilidades y fomentar la autonomía de las personas. En ambas situaciones hay un riesgo de establecer relaciones insanas con nuestros seres queridos, que dificulta la convivencia y el cuidado de los otros y otras. La cuestión no está en reproducirse biológicamente, sino en la capacidad de vivir una relación sanadora familiar, sea cual sea la propia elección sobre la maternidad. La maternidad es el ejemplo de que la experiencia de gratuidad es una experiencia compleja de responsabilidad y diálogo. Nunca es totalmente translúcida y está llena de contradicciones. Tener hijos es, como todo en la vida, una mezcla de gozo y frustración, de responsabilidad y de improvisación. Dada la gran diversidad de familias y situaciones en las que hoy se encuentran las mujeres, la fe nos pide acompañar y respetar las respuestas y soluciones intermedias que las mujeres dan a la maternidad para que sean tomadas desde la libertad y la gratuidad y no desde la imposición y los prejuicios. La maternidad no es sencilla, requiere de un proyecto compartido con otros. Se vive mejor en la tribu. La comunidad cristiana puede, con la práctica del hermanamiento del Reino, *sostener maternidades y paternidades*, que quieren vivir la donación en libertad y así, ser ejemplo sanador para la sociedad de los extremos que nos esclaviza.

Silvia Martínez Cano

110, Coherencia en el feminismo

Cristianisme i Justícia, 3 setiembre 2021

¿Qué ejemplos damos a las niñas y niños, chicas y chicos, de mujeres que han sido una referencia en la sociedad por sus valores y acciones? Es común ver que, a menudo, en la educación secundaria se pone a Simone de Beauvoir como referente del feminismo. Beauvoir defendió la pederastia. Fue una de las firmantes del manifiesto de 1977 donde un buen número de personas del mundo intelectual protestaban por las condenas *por haber tenido relaciones sexuales con menores o por haber fomentado y fotografiado sus juegos sexuales* y afirmaban que *los tres años para caricias y besos bastan*. Años antes, en 1938, Simone de Beauvoir había sido condenada y apartada de la docencia por tener una relación íntima con una alumna.

El feminismo defiende la igualdad y la libertad de las mujeres y eso incluye una postura contraria a cualquier violencia contra niñas y mujeres, de la cual la violencia sexual es una manifestación, tal y como se recoge en la definición de violencia de género de las Naciones Unidas de 1993.

¿Por qué si existiendo modelos de mujeres que han sido ejemplo de los valores que decimos defender, tanto en sus vidas públicas y privadas, se siguen poniendo e imponiendo como referentes a mujeres que defendieron y ejercieron la violencia contra la infancia? *Simone Weil es un claro ejemplo de referente feminista, de además muy alto nivel intelectual, que se invisibiliza como tal referente para muchas chicas y chicos*. Hay quienes dicen que lo hacen porque Beauvoir era una gran intelectual; sobre la calidad académica de la obra de Weil ya se han escrito entradas en este blog y realizado muy interesantes seminarios en Cristianisme i Justícia. La misma Simone de Beauvoir, en un escrito autobiográfico, dijo de Weil: *Me intrigaba por su gran reputación de mujer inteligente y audaz. Por ese tiempo, una terrible hambruna había devastado China y me contaron que cuando ella escuchó la noticia, lloró. Estas lágrimas motivaron mi respeto, mucho más que sus dotes como filósofa. Envidiaba un corazón capaz de latir a través del universo entero*. Hay también quienes dicen que lo hacen porque Beauvoir luchaba contra el nazismo. Weil luchó contra el nazismo hasta su muerte en 1943, mientras Beauvoir estaba trabajando para el gobierno de Vichy, que era colaboracionista de los nazis.

Si se pone de ejemplo del feminismo a autoras que representan lo contrario de los ideales que defendemos, como la igualdad y la libertad, muchas niñas, chicas, mujeres y hombres, huirán del feminismo, no se querrán identificar con él porque sus valores son otros. La mayoría de quienes somos feministas es

precisamente por defender esos valores que son hoy compartidos por la gran mayoría de la sociedad.

Toda evidencia científica demuestra que el abuso sexual infantil es una de las experiencias más destructivas, con consecuencias nefastas en las víctimas que, para que se conviertan en supervivientes, necesitan nuestro firme apoyo. Ese apoyo incluye *posicionarse siempre en contra del abuso sexual infantil, lo haga quien lo haga*. Decir que condenas la pederastia, pero disculparla si quien la ha hecho ha sido Beauvoir, muy citada en ciertos ambientes feministas, o Cohn-Bendit, considerado como el líder principal de Mayo del 68, y quién escribió: *Podía sentir perfectamente cómo las niñas de cinco años habían aprendido a excitarme*, Le Grand Bazar, 1975, perjudica enormemente a las víctimas y aumenta el abuso sexual.

En un momento en el que las Preferencias Apostólicas de la Compañía de Jesús incluyen *contribuir en la eliminación de los abusos dentro y fuera de la Iglesia* ,, y *acompañar a los jóvenes en la creación de un futuro esperanzador*, es muy importante reflexionar sobre esta cuestión tan concreta y defender la libertad de que cada chica y cada chico escoja sus referentes de personas excelentes humanamente, también sus referentes feministas, sin imposiciones y sin ocultarles acciones como la pederastia o su defensa.

Soy feminista, Simone de Beauvoir no es mi referente.

Sandra Racionero-Plaza

111, Carta A Xavier Nobell

Cristianisme i Justícia, 7 setiembre 2021

Estimat Xavier:

Supongo que será del dominio público que entre tú y yo hay grandes diferencias en los ámbitos teológico y eclesiástico. Precisamente por eso me siento obligado, junto con otros muchos, a pedirte perdón por la manera como estás siendo tratado estos días. Uno de los más elementales derechos humanos es el del respeto a la propia intimidad. Este derecho puede tener sus límites y condiciones cuando se trata de una figura pública, pero recobra toda su seriedad cuando ese carácter público desaparece.

Los humanos tenemos tendencia a estropearlo todo. Y estamos haciendo con eso tan sagrado de los derechos humanos una espléndida excusa para nuestros más rastreros egoísmos. *Olvidamos que todo derecho tiene sus límites allí donde choca con los derechos de los otros.* La libertad de expresión se va convirtiendo en un derecho al insulto y a la falta de respeto. Y el derecho a la información, que A. Camus describía como derecho a todo aquello que necesitamos saber, preferimos mirarlo como un derecho a aquello que ya en mi infancia se llamaba *chismorreos de faldas* y que, en realidad, no nos importan nada, pero son mucho más entretenidos que otras informaciones molestas porque nos interpelan.

Perdón pues por la forma en que has sido tratado, como si no fueras un ser humano. Otra cosa será que en las instancias pertinentes de tu diócesis o lo que sea, se estudie un poco cómo se os preparó para eso del celibato. Por supuesto, no eres ni el primero ni el último del mundo de presbíteros, religiosos u obispos que se ha enamorado. ¡Faltaría más! Yo tuve un formador que solía decir, en privado más que en público, que una experiencia seria de enamoramiento podía ser la mejor preparación para un celibato bien vivido. Luego, en público, prefería leernos aquello de Agustín de Hipona, otro mujeriego que supo caer en la cuenta de que estaba enamorado del amor, más que de ninguna persona concreta y que acabó escribiendo:

Tarde te amé, Hermosura tan antigua y siempre nueva. Tú estabas dentro de mí y yo estaba fuera. Y, mal formado como estaba, me lanzaba sobre el bien y la belleza creados por Ti. Tú estabas conmigo mas yo no estaba contigo; me alejaban de Ti aquellas cosas que no existirían sin Ti. Exhalaste tu aroma y

suspiro por Ti. Te degusté y siento hambre y sed de Ti. Me tocaste y me abraso en tu Paz.

En fin, Xavier, *ojalá la fuerza del Amor con mayúscula te ayude a encarar bien tu situación*, como tú mismo has dicho que querías hacer. Y ojalá sepamos nosotros respetarte y dejarte en paz, como la mejor ayuda para eso.

J. I. González Faus

112, Dispersos

Cristianisme i Justícia, 17 setiembre 2021

Cada vez más acelerados y con más prisa. Más experiencias, más información, más imágenes, más, más, más ... sin freno. En las sociedades occidentales vivimos en y del ruido. Vivimos distraídos, en la superficie, vacíos, siempre buscando algo nuevo. Nos dejamos seducir por el torrente de estímulos, por el espejismo de una sociedad de consumo que nos anestesia, nos hace creer omnipotentes, nos inculca el miedo irracional a la desconexión y nos utiliza como mercancía. Nos sumergimos acríticamente y nos perdemos.

Esta permanente excitación, esta intoxicación, de hecho, nos aleja de la realidad y nos hace olvidar el profundo privilegio y excepcionalidad que supone tener acceso a la electricidad 24 horas, sin interrupciones, cuando más de mil millones de personas no tiene acceso a la electricidad o, por ejemplo, menos del 7% de la población de Sudán del Sur lo tiene. Olvidamos también que estar conectados permanentemente a internet no es algo obvio ni tampoco generalizado, más del 40% de la población mundial no está conectada en internet.

Recientemente, la doctora Anna Lembke, psiquiatra especializada en adicciones, al ofrecer maneras de abordar el vínculo insano, en algunos casos incluso patológico, con la tecnología, sobre todo el móvil, sugería algo tan sencillo como guardar el móvil en un cajón, como mínimo 24 horas y, si puede ser, varias semanas. También recogía un consejo que muy bien podría formar parte de cualquier manual tradicional de vida espiritual: *Es más sencillo pasar de la abstinencia a la moderación que no pasar de un consumo excesivo a la moderación*. El título de su último libro es elocuente: *Nación dopamina: encontrar el equilibrio en la época de la indulgencia*, haciendo referencia a la necesidad de limitar estímulos constantes que hoy la tecnología nos pone al alcance.

Hace unos tres años un compañero jesuita de mi edad reconocía con honestidad que el uso desordenado de la tecnología no solo le impedía sino que le llegaba a imposibilitar la vida espiritual. En aquel momento tomó la decisión de no usar la tecnología antes de ir a dormir y no acudir a ella hasta la mañana siguiente una vez hecha la oración matutina. O aquella familia que cuando va de fin de semana recoge los móviles de todos los miembros y juntos hacen un *detox* tecnológico. O aquel hogar que apaga el wifi antes de la cena hasta el día siguiente. O aquel joven que después de una conversación profunda con un amigo vuelve a casa en transporte público y escoge no consultar el móvil para dejar reposar y poder saborear los ecos del encuentro. O aquel empresario que

después de una reunión se retira no tanto para mirar si ha llegado algún nuevo correo electrónico sino que bolígrafo en mano anota serenamente cuales son los retos y las oportunidades que se abren. O aquella universidad que coloca inhibidores de señal de móvil y prohíbe el uso de ordenadores y otros aparatos tecnológicos en muchas de sus clases ... *Hay maneras pues de limitar la dinámica del siempre más y el ahora mismo y poder así conectar con niveles más profundos y auténticos de nosotros mismos.*

Me puedo preguntar: ¿realmente hay tantas cosas verdaderamente urgentes e importantes que me piden estar permanentemente conectado? ¿No hemos perdido el norte?

San Ignacio de Loyola, en su librito Ejercicios Espirituales, que escribe para el maestro espiritual, que tiene ya casi 500 años recoge una serie de consejos, reglas les llamaba Ignacio, muy prácticos fruto de su propia experiencia. En una pequeña sección habla sobre la manera de ordenarse en el comer. La avidez se expresa de varias formas: en la comida, en el tener, en el aparentar ... Las recomendaciones de Ignacio no distan mucho de las de la doctora Lembke; no es de extrañar que ya hace casi una década otro compañero jesuita hizo una relectura y actualización de las reglas de Ignacio a nuestro contexto.

Hoy, en las sociedades hiperconectadas al uso y abuso de pantallas es una de las maneras principales por donde la avidez nos puede sacar libertad hasta el punto de esclavizarnos. Y lo hace sutilmente, imperceptiblemente. Para evitarlo, hay que saber decir no, cultivar pacientemente la atención, poner límites y cierta distancia de la inmediatez, ordenar el uso, ser consciente del sentido global de mi vida y hacer períodos de abstinencia total. En el fondo sabemos que *una vida frugal, sencilla y libre de todo vínculo insano es profundamente gozosa y plena.*

Ojalá estemos dispuestos a hacer silencio, bajar a la cueva del corazón, recuperar la libertad y poder vivir más conscientemente, más agradecidamente y por eso más al servicio de los desposeídos de la tierra. De esto va el seguimiento de Jesús de Nazaret, ¿no?

Pau Vidal